

Esporgada en Fruta de Aragón de García-Arista

MARÍA TERESA ESPEITA RAMISA

A mi padre.

A mi fraternal amiga Lourdes Simó Goberna

Resumen: El objetivo de este artículo es profundizar en la obra de Gregorio García-Arista, destacado escritor costumbrista aragonés. El estudio se centra en una colección de cuentos recogidos bajo el título de *Esporgada*, que constituyen la cuarta entrega de la serie que denominó *Fruta de Aragón*; se analiza la temática de los cuentos, sus personajes, los escenarios en los que se desarrolla la acción; se atiende también al estilo realista del autor y al valor etnológico de las narraciones en las que se refleja la personalidad aragonesa y tienen cabida numerosas cantas baturras que subrayan los motivos principales; queda asimismo de manifiesto el amor de García-Arista por su patria aragonesa, su ironía, su formación cultural y la influencia que sobre él ejercieron Cervantes y los grandes dramaturgos de la época áurea.

Palabras clave: García-Arista, literatura costumbrista aragonesa.

Abstract: The aim of this article is to study in greater depth the work of Gregorio García-Arista, an outstanding Aragonese writer on genre relating to local customs. The study is focused on a collection of tales compiled under the title of *Esporgada*, which constitute the fourth part of the series that he called *Fruta de Aragón*. The article analyses the theme of the tales, the characters, the scenarios where the action takes place, taking into account the author's realistic style and the ethnological value of the narrations, which reflect the Aragonese personality and with many *baturras* songs that underline the main reasons. The love of García-Arista for his homeland, Aragon, is also made very clear, as well as his irony, his cultural education and the influence that Cervantes and the great playwrights of the Golden Age exercised on him.

Key words: Garcia-Arista, Aragonese literary genre relating to local customs.

INTRODUCCIÓN

Esporgada se publica en 1928 y está dedicada a Juan Ignacio Luca de Tena; en su introducción podemos leer una elogiosa carta-prólogo del doctor Santiago Ramón y Cajal, de 21 de febrero del mismo año.

Es también 1928 cuando nuestro escritor —disfrutando de prestigio y reconocimiento— había recibido un homenaje de Zaragoza, después que el Ayuntamiento de esta ciudad decidiese dar el nombre de Doctor García-Arista a una calle del popular Arrabal, el 10 de mayo; tal hecho fue aplaudido por numerosas personalidades, entidades culturales y la prensa en general.

Es el cuarto envío de *Fruta de Aragón* y su autor define *esporgada* como ‘fruta escogida’ en la presentación a su «Lector y parroquiano». Por aquel entonces la literatura costumbrista aragonesa gozaba de un momento de apogeo y en García-Arista sus relatos tenían un carácter y estilo propios; como reconocía el antes citado Premio Nobel de Fisiología y Medicina (1906):

Están escritos con garbo [...], con conocimiento perfecto del lenguaje popular aragonés, singularmente del usual en la provincia de Zaragoza. Ha sorteado Usted con gran habilidad y tacto los escollos contra los cuales se han estrellado algunos cuentistas de la tierra; ha evitado Usted el zafio baturrismo cultivado por ciertos graciosos de guardarropía, y ha huido Usted como de la peste del chascarrillo verdoso¹.

García-Arista es contenido en la expresión de emociones, de las que a veces se distancia a través de un humor perspicaz. Sus cuentos son de temática variada, con personajes aragoneses de diferente tipología; dentro del realismo, sus escenarios verosímiles se encuadran en su pasado próximo. En la mayoría de ocasiones se ubican en un XIX contemplado con nostalgia por una persona cuya biografía cabalga entre este siglo y el XX, por nacer y morir entre 1866 y 1946. Concretamente, en *Esporgada* predomina el 1800, como testimonian los hechos históricos rememorados y la mención de sus fechas significativas: las guerras carlistas; en concreto, la primera, que tuvo gran repercusión y virulencia en el Maestrazgo, como sucede en «El amor y las campanas»; la entrada triunfal del general Espartero el 20 de julio de 1854 por la Puerta de Santa Engracia de Zaragoza será el desencadenante

1. Santiago Ramón y Cajal, «Carta-prólogo», en Gregorio García Arista, *Esporgada*, Madrid, Espasa-Calpe, 1928.

de la acción en «Una víctima de la libertad o ingenuidades perdidas». «Ciutti es Don Juan» se sitúa en la arboleda de Macanzal del Arrabal de la capital aragonesa, donde se conmemora la victoria de los isabelinos el 5 de marzo de 1838 con una gran fiesta colectiva, en donde sumergidas en el entusiasmo y alboroto general, las dos hermanas se enamoran de sus pretendientes; asimismo, el *don Juan* del relato alardea de ser descendiente del tío Jorge, destacado defensor de la ciudad en el asedio francés de 1808. García-Arista, dentro de la celebración del centenario de los Sitios, había analizado y publicado documentos del ejército francés de esta época que él había encontrado en un convento². A través del relato percibimos la pervivencia de estos dos eventos de gran calado político: la lucha contra la invasión napoleónica y la sangrienta contienda entre los partidarios de Don Carlos y la reina María Cristina y su hija niña Isabel II, en la memoria de un pueblo que tuvo en ellos una participación activa. Otras veces observa las consecuencias sociales de las reformas de Mendizábal en 1835 y en los años sucesivos de su Ministerio de Hacienda, lo que constituyó el telón de fondo de «La corbata o ¡Baturro con zapatos!». El cuento «Nerón o ¡Ver para creer!» transcurre en el discurrir de *La Gloriosa*, el reinado de Amadeo I, la Primera República y el estreno en 1876 de la paródica zarzuela *La Marsellesa* de Miguel Ramos Carrión y el maestro Caballero, cuyo contenido y éxito vienen justificados por las circunstancias del momento. El protagonista de «Flevit super illam» fue un brillante embajador nombrado por Cánovas en el Berlín del canciller Bismarck y durante su cargo se produjo el conflicto de Las Carolinas que resolvió la mediación de León XIII. Nuestro escritor, en la síntesis biográfica de su personaje literario, no solo informa de sus antecedentes sino que prepara al lector para el entendimiento de los sucesos siguientes. Tras una intensa actividad política, buscará don Alonso un infructuoso sosiego de *Geórgicas* en sus lares; pero el contraste entre los merecidos laureles de un principio y las malogradas ilusiones puestas en el gobierno de su pueblo lo abocan a una rendición total. En «Los bienhechores del mal» la manifestación callejera contra don Gerardo prueba el conflicto entre *La Zurda* y los Neos, grupo ultramontano que tuvo su líder en Cándido Necedal, quien estuvo cercano al carlismo más conservador y fue opositor a la Primera República. Lo que no queda claro es que sea el blanco de estos dardos, posiblemente no; pero la

2. Gregorio García-Arista, *Documentos del Ejército francés, sitiador de Zaragoza (1808-1809)*, Zaragoza, Mariano Escar, 1910.

simplificación es cómoda: su condición de ingeniero, cristiano y su elegancia natural es suficiente. Tales episodios de la vida española nos son relatados desde la óptica de los individuos que la padecen y no por sus dirigentes. La epidemia de cólera, que tantos estragos provocó en la población aragonesa en 1885, contextualiza el relato «El cólera de Caltiscar», y antes fue determinante en «Un caso de amor» de *Tierra aragonesa*. En «Lealtad» se constata la repercusión social que tuvo la huelga general de Barcelona en 1919 en una pequeña localidad oscense con líder catalán. Esta protesta laboral aísla al principal terrateniente, cuyo único partidario es Franchito.

Asimismo, el autor con frecuencia comenta las situaciones y comparte confidencias amistosas con su receptor como cercano interlocutor. Escribe preferentemente en tercera persona por medio de un narrador omnisciente, a excepción del personaje-testigo, quien en forma autobiográfica en «El refresco o pleito morrocotudo» recuerda su estancia en Zafranales durante la festividad de su santo patrón Santiago. Son significativas las escenas corales, tanto las de contenido folclórico que reproducen una festividad: «El refresco o el pleito morrocotudo» y «Ciutti es Don Juan», como de distinta índole: cuando una concentración ciudadana se reúne para agasajar a un general victorioso en «Una víctima de la libertad o ingenuidades políticas», entre otros... En *Tierra aragonesa* ya se mostraba este gusto por entornos colectivos que se mueven como un ser único, que incluso protagonizará la historia; tal es el caso de «La procesión de Marlofa» y «¡Tarazona no recula aunque lo mande la bula!». En estas pinturas costumbristas se baraja el colorido, el dinamismo y la vitalidad de las gentes con acierto. Sus diálogos individualizan a los personajes que hablan conforme a su carácter y formación, en un lenguaje culto o popular. A veces las conversaciones plenas de naturalidad se erigen en el procedimiento fundamental y casi exclusivo; así tiene lugar en «Nerón o ¡Ver para creer!». Cree en la persona, pero no en los partidos políticos ni en sus representantes. En una probablemente última entrevista de 1944, que le hizo Francisco V. Montalbán, cuando ya estaba enfermo, le transmite su preocupación porque «Aragón se *desaragoniza*» y «la jota se va, se va...»³. Para Gregorio García-Arista el amor por su tierra natal fue muy arraigado y estuvo vivo en su interior siempre, como demuestra toda una vida dedicada al estudio y divulgación de la historia, antiguas

3. Francisco V. Montalbán, «Don Gregorio García-Arista y Rivera, una vida quemada al servicio de Aragón», en *Amanecer* (Zaragoza, 18 de junio de 1944), p. 5.

tradiciones y leyendas aragonesas. Vicente González Hernández realizó una conmovedora semblanza del por aquel entonces ilustre anciano, a quien visitó «un día...» y afirma: «todo el esfuerzo de su vida artística estuvo encauzado a mostrar a las gentes de allende fronteras lo que es Aragón y lo que significa ser baturro»⁴.

II. FIGURAS LITERARIAS

Entre sus figuras literarias el sacerdote es una venerable institución en los pueblos seleccionados por nuestro escritor, que fue hombre cristiano; por esta razón respeta en él su representación religiosa. En los cuentos de García-Arista el clérigo comprende las debilidades humanas y aconseja con cordura a sus feligreses, reconociéndosele una autoridad moral. Mosén Lorenzo de «La manta» y mosén Constancio de «Gajes del oficio» responden a este criterio. En el primer caso, al candoroso Toribio le advierte que debe considerar las virtudes de su futura esposa. En el segundo, el párroco sabe perdonar el engaño y robo de su vivienda urdido por Cascales. En «Lealtad» un joven cura defiende la división de la propiedad «como remedio a los modernos males» en el diálogo con don Román.

En sus narraciones los personajes femeninos son relevantes. Es en «La campanica» cuando García-Arista —con su fiel patriotismo— escribe:

Era la señora Rosa, la madre de Mateo, una mujer de recio temple, activa y trabajadora, excelente *ministra* de su casa, con mucho sentido de la vida y de las personas: un buen ejemplar de la raza de Aragón, del que con justicia se ha dicho que lo «mejor en él es la mujer»; en confirmación de lo cual, las leyes aragonesas le otorgaron siempre derechos que nunca tuvo en otros países...

Y sobresalía entre cualidades tales, una, común a toda la raza: la altivez; la altivez con todas sus excelsas cualidades y sus no pequeñas desventajas: hijuela de la cual es el hecho de que en Aragón, más aún que en Inglaterra —la nación que, al copiar en su CARTA MAGNA muchas leyes aragonesas, trasplantó a la vez muchas costumbres— *el bastarse a sí mismo*, constituye la aspiración —¡ay!, no siempre lograda— de todo buen aragonés⁵.

4. Vicente González Hernández, «García-Arista, cuentista aragonés», en *Zaragoza*, núm. 16 (1962), p. 126.

5. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 117.

Desde luego una excepción es la cursi Pilín de «La corbata o ¡Baturro con zapatos!». Esta muchacha trepadora mejora su estatus por su matrimonio, pero después con su torpeza arruina a la familia de su marido. Muy distinta de ella es la decidida Miguela, que —con su eficaz actuación: el repique de campanas— salva de un grave peligro a su novio Bartolo en el relato de claro signo pacifista «El amor y las campanas». La guerra carlista ha suscitado numerosos relatos, verdaderos o ficticios, desde distintas perspectivas; en esta obra la vivimos desde el temor y la angustia. El episodio que ahora nos ocupa es de filiación romántica y tiene en su protagonista a una heroína forjada en el coraje y el amor. El intenso clamor de las campanas o de los tambores provocando el caos en un enemigo muy poderoso es un motivo tradicional; en una célebre leyenda catalana, *El timbaler del Bruc*, un adolescente con su tambor, su eco y la resonancia de la Montaña de Montserrat desorienta y asusta al ejército napoleónico causando su derrota. De ella existen muchas variantes orales y escritas, como la de Amades⁶ y la de Planes Ball⁷..., pero lo que en estas es canto de exaltación a la lucha contra el enemigo extranjero, en la de García-Arista es un alegato contra un enfrentamiento armado fratricida.

La contemplación de la belleza exterior y psíquica contribuye a un mayor grado de percepción humana. Regina de «Un marro amoroso» y Mari-Gusefa de «El refresco o pleito morrocotudo» son dos mujeres muy diferentes en edad, físico y condición social; porque la primera es la hermosa hija del mayoral y la segunda una distinguida dama: la naturalidad y la sofisticación, la juventud y la elegancia, pero ambas tienen en común que su agraciado aspecto trasluce una interesante espiritualidad. También Colasa de «Un caso de amor» de *Tierra aragonesa* impresionaba al narrador-testigo por sus proporciones armónicas, tras las que se adivinaba una vigorosa interioridad.

El tema amoroso es abordado en varios cuentos como, entre otros, los antes mencionados: «La manta», «El amor y las campanas» y, asimismo, «Un marro amoroso» y «El amor en remojo...» donde los sentimientos de sus protagonistas vencen los obstáculos sociales y económicos provenientes de sus familias. Su actuación animosa será premiada.

6. Joan Amades, *Llegendes i tradicions de Montserrat*, Barcelona, Editorial Selecta, 1959.

7. Josep Albert Planes Ball, *Llegendes de Montserrat*, San Vicenç de Castellet, Farell, 2002.

En «Un marro amoroso» este juego infantil de los pastorcillos cimentará el cariño de su edad adulta. Regina Sánchez desobedecerá las órdenes paternas y rechazará a su prometido en el mismo altar, en un acto osado y valiente de oposición enérgica a las rígidas convenciones imperantes. Sin embargo, la pareja solo podrá desposarse tras la muerte del padre-patriarca.

En «El Saludador» el gallardo militar visita a su amada *enferma imaginaria*, disfrazado de esta especie de curandero. Los actores maquinarán una estrategia para alcanzar el éxito, creando una escena propia de comedia de enredo muy del gusto de nuestro teatro del siglo XVII, en cuya fuente bebe García-Arista. En el cuadro costumbrista Rosario recobrará la salud perdida gracias a la intervención del fingido saludador, porque su dolencia era «mal de amores». Tal disparate de gran efecto cómico evoca momentos de mucha agudeza: cuando en *El avaro* de Molière, Valerio —amante de Elisa— entra en casa de Harpagón como criado y con su servilismo se ganará su confianza para aproximarse a su amada. Existe un cierto paralelismo entre el célebre antihéroe de la literatura francesa y el padre de esta narración, el señor Pedro, porque los dos son egoístas y materialistas. Asimismo, esta breve composición tiene reminiscencias de *El caballero de Olmedo* de Lope de Vega en la secuencia del astuto donaire Tello, quien —con atuendo de estudiante— imparte falsas lecciones a doña Inés para entregarle cartas amorosas de su amo, don Alonso. En la obra de García-Arista aparece una nueva Fabia, la vieja criada de quien «la gente suspicaz decía, que de acuerdo con el médico y, acaso, con Rosario hizo venir a otro *saludador*, que a los pocos días se presentó, en efecto, ostentando extraño indumento, coronado con capucha, que casi le cubría la cara»⁸. Como sucede en el drama lopista, el guapo galán es un forastero que llega por las fiestas a Rudiana y fascina a todas las mozas del lugar desde que irrumpe en la plaza.

En *Esporgada* se critica la superstición, la magia y a crédulos y traficantes de ellas; como patentiza que el rudo e inculto Carruño sea la víctima propiciatoria del engaño y el fraude en el antes mencionado «El saludador». La misma tesis se confirma en «El Tesoro», donde el tío Niceto es estafado por unos desaprensivos confabulados para robarle. El campesino de Los Fayos sufre una gran decepción, puesto que donde esperaba hallar oro encuentra carbón. Con este final el autor desmitifi-

8. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 149.

ca un motivo recurrente de la fantasía popular: los tesoros escondidos. El propio García-Arista nos escribirá después sobre la famosa cueva de Caco y la leyenda helénica, aportando la variante que le contó el señor Mariano —oráculo popular—, y constatando su permanencia en un artículo publicado en 1939⁹.

En «El amor en remojo» vence la inteligencia y la buena interpretación vocal del elegido por Blasa, mientras cae derrotado Joretón, tonto y absolutamente incapaz de cantar una copla. Este acaudalado pretendiente es la contrafigura del medieval trovador y su serenata no solo no logra enamorar a la *dama* sino que provoca la carcajada de sus oyentes. En este relato una viuda matriarca al fin complace a su hija y renuncia a los beneficios que le proporcionaría una boda concertada. Dentro de un contexto alegre y distendido la música ejerce una doble función ambiental y temática.

La influencia de nuestros grandes dramaturgos nuevamente se manifiesta en «Ciutti es Don Juan». La alusión irónica al célebre drama de Zorrilla conforma un cuento agridulce, donde el repentino acompañante del conquistador Custodio —quien «en materia de amoríos, se preciaba de que *donde ponía el ojo, ponía la perdigonada*»—¹⁰ acaba cautivando y enamorándose él mismo de la carabina-hermana de la nueva Inés-Goyica, cuya última lágrima nos confirma el triste final de su relación con el seductor heredero. García-Arista comparte la antipatía por Don Juan de otros escritores españoles, como demuestra especialmente Gregorio Marañón en su demoledor ensayo¹¹. El mozo «más jaque del Rabal» que blasona de descendiente del tío Jorge, héroe de los Sitios, es despreciable.

Una figura habitual en *Esporgada* es aquel que García-Arista puntualiza «ricachón improvisado o el rico-pronto, como le llaman en Rudiana [...] con más exactitud y casticismo que *nuevo rico*, como gabachamente hoy se dice, porque ser rico nuevo no significa que se haya hecho pronto»¹². A este tipo humano se le ridiculiza en «El saludador» y «El rico-pronto». Nuestro escritor desconfía de haciendas conseguidas sin esfuerzo ni trabajo. Desaprueba y alerta de los males que reportan la pereza, el arribismo y una equivocada gestión

9. Gregorio García-Arista, «Los Fayos. una cueva mitológica, una ruta celtibera y un monasterio del siglo X», en *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 8 de octubre de 1939, p. 5.

10. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 109.

11. Gregorio Marañón, *Don Juan*, Madrid, Espasa-Calpe, 1976.

12. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 142.

económica. En «La corbata o ¡Baturro con zapatos!» la despilfarradora Pilín destruye el antiguo patrimonio de su suegro Pedro Tablares. En «El rico-pronto» un ser presuntuoso e ignorante se come fritos unos canarios flauta, comprados en una subasta. El apodado *Fachenda*, que vivía junto a la frontera francesa, se enriqueció fácilmente y sin mérito alguno con las exportaciones en tiempos de la Gran Guerra y de su penosa postguerra posterior. Como era también fanfarrón, con la misma rapidez con que se lucró perdió todo después.

García-Arista explica cómo familias antes acomodadas se han empobrecido por cambios políticos o por indolencia e incapacidad de sus descendientes. En «La corbata o ¡Baturro con zapatos!» don Pedro pertenece a un linaje solariego cuyos padres y abuelos «vivieron en tiempos de aquellos hombres del 35, *traductores* de la revolución del 93, que derribaron casas...»¹³.

El personaje del propietario aristócrata testifica la regresión de su clase. En «Flevit super illam» Alonso de Fozes Pimentel, tras los ruegos de los vecinos de su villa natal, acepta su alcaldía; pero no logra conciliar los dos bandos en pugna de Araguales y se granjea las antipatías de todos. Tras oír las chanzas de la rondalla bajo los balcones de su casa, el noble «púsose en camino... Una lágrima surcaba su rostro... Cantaba el cuco... Rumoreaba la corriente... Entre las frondas jugueteaba la brisa... Y un cantar lejano se perdía, lánguido, en delicado pianísimo, dejando apenas percibir *Fozes... Fozes...* Luego, nada... La Naturaleza parecía haber dejado la vida en suspenso...»¹⁴. La fusión del alma en el paisaje finaliza el relato y evidencia cómo el hidalgo aragonés vive en sus carnes su propio ocaso y el de una época. La misma frase que transmitía con lirismo las sensaciones de su primera noche en su tierra natal y mansión familiar: «¡La Naturaleza parecía haber dejado la vida en suspenso!» la encontramos en la última; solo las diferencia la exclamación entusiasta del principio, que desaparece con el desengaño. Dentro de una estructura cerrada y cuasi circular se desarrolla la llegada y marcha definitiva del señor en un clima de «vanidad de vanidades, todo es vanidad» (*Eclesiastés*, 1-2). Toda la historia discurre impregnada de pena íntima, porque esta individualidad que ha triunfado fuera ha fracasado con los suyos. La comunidad voluble ayer ensalzaba al héroe y hoy humilla al villano en la misma persona. El título nos orienta sobre el contenido del relato:

13. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 100.

14. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, pp. 60 y 61.

las palabras y lágrimas de Jesús al divisar Jerusalén prediciendo su trágico destino (*Evangelio de Lucas*, 19, 41). También insinúan lo que vendrá después las primeras palabras del cuento «¡Toda júbilo es hoy la gran Toledo!», que repiten el verso inicial de la tragedia *La Raquel* de García de la Huerta, quien —tras el arranque eufórico— irá construyendo la intriga que desembocará en el asesinato de la amante de Alfonso VIII. Este mismo arquetipo, con matices y una trama distinta, lo encontraremos en «La corbata o ¡Baturro con zapatos!» y «Lealtad». En los tres se contraponen subjetividad y mundo objetivo en una lucha desigual donde pierde la primera. La colectividad o, en el último relato mencionado, otro personaje: su nuera Pilín, vencen, aunque ella no esté preparada ni cultural ni técnicamente para los nuevos retos de la modernidad. El antes prestigioso caballero asume su nueva posición con estoicismo; mientras García-Arista defiende una vez más el valor perdurable de la cultura y el trabajo, capaces de superar los vaivenes de la rueda de la Fortuna. El primer cuento transmite cómo el devenir del siglo XIX provocó la crisis y caída de una aristocracia terrateniente en España. El último citado trasluce las repercusiones de la revolución bolchevique de 1917, cuyos ecos llegaron a un pueblo pirenaico que intentaba adaptarse a los nuevos tiempos.

III. CANTAS BATURRAS

En 1901 publicaba García-Arista *Cantas Baturras*, con un sustancioso *Post scriptum* donde analizaba el valor literario de estas poesías tradicionales, sus modalidades y la psicología aragonesa. Su profundo conocimiento de ellas se hizo patente no solo entonces, sino también en su discurso de Mantenedor en los Juegos Florales de Zaragoza (18 de noviembre de 1919), que versó sobre *La Jota aragonesa*; asimismo es fundamental *La copla aragonesa o «cantica»*, publicada en 1933, y el muchas veces citado «Once mil coplas para mil pesetas» de *El Español* (12-13 de octubre de 1945), que esclarece el origen de la canción *La Dolores* y apunta los rasgos específicos de la jota. En «El amor en remojo» García-Arista exponía cómo su versatilidad era bien administrada por el alma popular con estas palabras:

Tiene la copla o canta como medio de expresión de todos sus sentires. Y con ella halaga, y con ella maldice, y con ella saluda, y con ella desprecia, y con ella amenaza, y con ella acaricia, y con ella reta, y con ella hiere... ¿Qué mucho, pues, que la copla sea también el medio casi

único de expresar sus sentires amorosos?... Para ello necesita y dispone de bien provisto arsenal, que le saque de apuros en todos los trances¹⁵.

Nuestro autor insertaba en su obra narrativa numerosas cantas aragonesas que él escribía hábilmente. En *Esporgada* hay cuarenta y tres integradas en los veintiséis cuentos de este libro; dieciséis de estos tienen canciones y diez no. Estas letras para cantar forman parte intrínseca de la trama literaria. Demetrio Galán Bergua precisaba:

A las 269 que con el título de *Cantas baturras* publicó en septiembre de 1901, y que constituyen su más copiosa colección, hay que añadir casi un centenar que incluyó en sus célebres «envíos» de cuentos recopilados en su obra en serie *Fruta de Aragón*, de las que hay que descontar unas pocas que pertenecen a sus *Cantas*. Aparte de éstas publicó muchas, muchísimas —acaso cerca de dos centenares— en diferentes épocas y en distintos periódicos aragoneses y españoles (diarios, semanarios y revistas)¹⁶.

Este escritor, a través de estas breves poesías de ritmo dinámico, recrea nuestra fecunda lírica oral y combina con destreza la prosa y el verso en su relato. Su contenido es esencial dentro de la historia contada; por ejemplo, motiva la silenciosa salida del noble en «Flevit super illam» y sintetiza la moraleja de «Se dice», que censura la maledicencia:

La calumnia viene a ser
como la moneda falsa
se fabrica en el misterio
y los necios la propagan¹⁷.

Las cantas «piconas» de «La manta» subrayan la indecisión del novio por formalizar su relación. Para la señora Rosa de «La campanica» ellas transmiten los defectos y virtudes que le son referente ético, y al término de esta titulada «Historia con ribetes de apólogo» le enseñan a ser prudente pues:

El caminar de la vida
puede darnos tanta sed,
que el discreto nunca diga:
¡De este agua no beberé!...¹⁸.

15. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 213.

16. Demetrio Galán Bergua, *El libro de la jota aragonesa*, Zaragoza, Demetrio Galán Bergua, 1966, p. 292.

17. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 31.

18. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 122.

En «Once mil coplas para mil pesetas» García-Arista honra a un hombre cabal y auténtico: Pascualón.

...estaba el ciego Pascualón, que, llevado por su lazarillo, corría de una parte a otra con aquella agilidad y diligencia indispensables a no dejarse pasar ningún donante, porque a veces éstos acudían simultáneamente, ocasionando verdaderas y poco edificantes carreras de mendigos, aunque éstos fuesen tullidos y mutilados.

Era digo, Pascualón, de los preferidos. Y lo era, amén de por sus simpatías personales, porque intelectualmente —¡también hay clases entre los mendigos!— «era el rey de los menesteros». Sobre tener una prodigiosa memoria que le permitía retener numerosos y largos romances (recitaba de corrido «Los siete infantes de Lara», «Palmerín de Oliva», «Oliveros de Castilla», «Don Gayferos y Melisendra», «El rey Marsilio de Zaragoza», «Roncesvalles» y casi todo el ciclo carlovingio); amén de esto, era un ingenio que componía cantas o coplas, que luego popularizaba con su vihuela. Lo conocimos y tratamos siendo él sesentón y nosotros muchachos. Era hombre inteligente y culto...

...Dios ha concedido por lo general, a los ciegos —a cambio, sin duda, de su desgracia— un numen singular para la composición de poesías populares: romances y coplas, amén de facilidad para retener las ajenas. Y nada digamos del manejo de la guitarra, que en Pascualón era magistral.

Los hay (o los había en la época —más que mediado el siglo XIX— de esta ciertísima historia) verdaderos bardos o troveros —como aún los llama el pueblo en Aragón— que improvisaban muy cumplidas coplas, estimulados por el óbolo.

...Y como los ciegos son, o eran en aquella época, bohemios y andariegos, venían a ser los últimos representantes de juglares y trovadores.

Y esta era la característica de Pascualón, la que le había dado fama y le propinaba medios —decían que hasta pingües— de sustento y de vida¹⁹.

Es muy posible que este artista inspirase Calanga de «La vihuela» de *Abatollada* y Recesvinto de «Recesvinto y Chindasvinto» de *Esporgada*. El doloroso final de los dos invidentes de estos dos cuentos es la injusta consecuencia de un perpetuo y desigual combate «contra los elementos». Para Calanga su vihuela es «sagrada» y decora la pared de su vivienda, iluminada por dos velas encendidas. Muy emotiva es la prosopopeya del segundo ejemplo citado: «¡su otro amor!... silenciosa y triste... ¿Sentiría ella también la tragedia?... ¡Cómo la interrogaba

19. Gregorio García-Arista, «Once mil coplas para mil pesetas», en *El español* (12-13 de octubre de 1945).

con la mirada el pobre ciego!...»²⁰, imposibilitado por la hemiplejía y sin su fiel can. Recesvinto, con su antigua guitarra y su voz, iba sobreviviendo con dignidad y entereza; solo, con la única compañía de su perro lazarillo, transitaba por las calles con sus melancólicas melodías:

Si, porque me oís cantar,
Pensáis que alegre *m'encuentro*...
tamién canta el señor cura,
¡*tamién* canta en los entierros!...²¹.

De las canciones del libro que comentamos, las hay —como ya había enunciado García-Arista en su estudio sobre la copla— de diversas clases: incisivas, piconas o de pique, festivas... En algunos cuentos hay varias. En «Recesvinto y Chindasvinto» aparecen cuatro, tres en «Un marro amoroso», cinco en «La manta»... En el referido «Un marro amoroso» el rabadán Toribio entona esta pastoril albada:

Pa recreo de los hombres
Dios manda'l *sol tós* los días,
y l'alba viene *po alante*
pregonando la venida...²².

La rondalla —con los acordes de la jota— dirige sus chanzas al indeciso Toribio de «La manta», reacio a un matrimonio que todo el grupo espera ilusionado porque recibirá —según la costumbre— la entrega de una cantidad preceptiva para una alifara.

¡El casamiento, a su horal
¡La siembra, cuando hay tempero! (sazón)
¡*Qu'*el fruto es *poquico* y malo,
cuando s'*hace* a destiempo!²³.

Este escritor, con precisión etnológica, se esmera en el dibujo de los cuadros costumbristas y en que sus personajes, en su manera de ser, hablar y vestirse, revivan un mundo que hoy subsiste a través de la literatura y el arte. Ya observamos en un anterior trabajo la importancia de la indumentaria aragonesa en la plasmación de ambientes y en la semántica del relato en general de García-Arista²⁴. Dentro de *Esporgada* destacamos el papel temático que desempeña esta en «La corbata o ¡Baturro con zapatos!» y «El Refresco o Pleito morrocotudo», porque

20. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 52.

21. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 47.

22. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 70.

23. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 81.

24. María Teresa Espeita Ramisa, «La indumentaria aragonesa en los cuentos de García-Arista», en *Cuadernos de Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1997, núm. 24, pp. 207-216.

son consustanciales a la trama narrativa; en el primer caso se caricaturiza el creciente afrancesamiento de la sociedad aragonesa y el uso innecesario de galicismos en el léxico de Pilín, en contraposición con el habla popular de su suegro, quien progresivamente va adaptándose a los nuevos atuendos para contentar a su nuera. En el segundo cuento apuntado, desde la mirada de un narrador testigo asistimos a los preparativos —en la celebración en honor del Patrón Santiago— de su espectáculo fundamental: el *Dance* en la plaza de Zafranales. Antes nuestro autor en «Los conejos del tío Mayayo» de *Abatollada* lo había escenificado distinguiendo que era «el principal atractivo» de la festividad de san Roque.

Doce guapos mozos, lujosamente ataviados, y a cuyo frente iba el *Rabadán* y el *Zagal*, danzaban al son de la dulzaina y el tamboril, entrecruzando palos y espadas... Uno de los «danzantes» —quizá el más espigado y experto bailarín— era Ramoncico, el hijo del tío Mayayo, que por tales méritos formaba en la primera pareja²⁵.

Para García-Arista el traje aragonés es un signo de identidad nacional y su forma de vestirlo refleja la personalidad del individuo; sus personajes —sigan o no las modas cosmopolitas— integran a su carácter su apariencia y gesto. Así se constata en el médico de «El sistema del doctor Sesudo».

IV. CONTEXTO LITERARIO

En esta obra prevalece lo rural sobre lo urbano, puesto que de sus cuentos veinte suceden en pueblos y cinco en ciudades. A veces no se indica dónde acontecen los hechos, por ejemplo en «Se dice», «Recesvinto y Chindasvinto», «Un marro amoroso», «Gajes del oficio», «Caso de conciencia», «Nerón o ¡Ver para creer!»...; en otras solo se proporcionan pistas geográficas identificadoras como en «Lealtad», cuya «solariega casa del Somontano [...] se erguía sobre pequeño pueyo [...] en la contemplación del soberbio frontero pico de Guara»²⁶. En «El amor y las campanas» una aldea denominada Fontanilla se halla en la ruta de Cantavieja, cuartel general del ejército carlista y, por tratarse de zona estratégica, está sufriendo el azote de los dos bandos de su cruenta guerra. No resulta fácil reconocer Araguales, Zafrana-

25. Gregorio García-Arista, *Abatollada*, Madrid, Compañía Anónima Calpe, 1927, p. 127.

26. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 131.

les, Hupogea, Rudiana... posibles abstracciones, como fueron antes la galdosiana Orbajosa de *Doña Perfecta*, la Vetusta de *La regenta* y el «lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme». «Los bienhechores del mal» sobreviene en la muy probable distorsionada Villabrutanda, donde comprobamos la inquina de los *zurdos*, instigados por el periódico local, contra el supuestamente neo Gerardo Pino, de sobrenombre *Pinocho*. Este lugar fue citado en una de sus colaboraciones en *La Ilustración española y americana* por Zeda, pseudónimo de Francisco F. Villegas, quien —de forma humorística— por medio de su personaje Camaleón se lamentaba de cómo allí se despreciaba a la ciencia²⁷.

Araguales está descrito en «El sistema del doctor Sesudo» y «Flevit super illam». Su nombre inventado o transformado nos remite a una villa antigua muy pequeña con plaza mayor de soportales románicos que vivió mejores tiempos antaño. En el primer cuento —marcadamente burlesco— su comunidad dignifica a su «físico» como si fuese un nuevo hechicero tribal. El paso de don Juan José en su caballo tordo visitando a sus enfermos desde las ventanas es la contrafigura del *Retrato ecuestre del Conde Duque de Olivares* de Velázquez. La parsimonia de *Sesudo* es antitética a la energía que desprende la imagen del valido de Felipe IV. El cuento se enmarca dentro de las moji-gangas populares contra los médicos; que también son fustigados en «El Mariscal». En este el tachado de «matasanos» por la alcaldía será ratificado por su Concejo en su puesto por ser un buen veterinario. En «Flevit super illam» no mejora la stampa colectiva, cuyas deficiencias se pusieron ya en evidencia en el divertido y corrosivo «‘Cualición’ de izquierdas» de *Abatollada*.

Zafranales es un medieval asentamiento musulmán del siglo XI y un hábitat de la Edad del Bronce de la provincia de Huesca. Este espacio histórico se convierte en un pequeño pueblo donde se desarrollan las dos anécdotas de «El refresco o pleito morrocotudo» y «El mariscal». En el primer cuento, la plaza engalanada para el dance es contemplada desde los balcones de la mansión señorial; allí se divisa la escena coral que aún a toda una concurrencia dispuesta a disfrutar la celebración patronal. En el segundo tenemos una vez más una parodia de alcaldes y regidores. Esta localidad ganadera —muy arraigada a

27. Zeda, «Camaleón», en *La ilustración española y americana*, XLV (8 de diciembre de 1899), p. 330.

sus animales, que son su principal fuente de riqueza— no perdona las equivocaciones de su veterinario aunque acierte como médico.

Hipogea es el pueblo agrícola en donde se efectúan los hechos de «La manta» y «La campanica». Allí hay «haciendicas» como la de Eusebia y su hija, que necesitan brazos para labrar los campos; Rosa empobrece cuando por su intransigencia su único vástago abandona su casa. Estas fincas resultan solo rentables mientras las trabaja la familia. Sus habitantes alegres y solidarios están tratados con simpatía por el autor.

Rudiana se ubica en Tarazona y es hoy una de sus calles. ¿Se trata tal vez de una metonimia de su ciudad natal?, ¿es algún pueblo próximo?... No es fácil contestar estas preguntas. En los cuentos de *Esporgada* es una aldea cercana a Zaragoza, con egregia vivienda de antigua familia hidalga cuyo escudo está esculpido en su fachada. Sus fiestas atraen a propios y a extraños por su vistosidad. Todos se reúnen en su Centro social a modo de Casino, que propaga todo tipo de chismes. Es el lugar donde ocurre la acción de «La corbata o ¡Baturro con zapatos!», «Una idea de Ideícas» y «El saludador». En el segundo relato, la comunidad es una envidiosa antagonista que forzará con su actitud la marcha de Pedro Zueco a la capital; este laborioso y «económico» labrador tiene el único defecto de ser diferente de los demás y posiblemente mejor. Sin embargo este socarrón partirá de sus tierras, no sin antes mofarse de todos por medio de una última broma macabra. En el tercer relato García-Arista ridiculiza a los saludadores, cuyas mentiras ya denunciaba Benito Feijoo en su discurso sobre ellos. Nuestro polifacético intelectual del XVIII desenmascaraba sus falaces cualidades curativas en el tono directo y sólidamente argumentado que le distinguía; iba desmontando uno a uno los supuestos dones sobrenaturales de los que alardeaban, por ejemplo: su beneficioso soplo fuerte sobre los pacientes; los tachaba de «embusteros», apuntando asimismo los trucos que empleaban para resistir el fuego y no quemarse²⁸. Mucho tiempo después, todavía había quienes creían ciegamente en ellos como Carruño. La crítica contra estas supercherías viene explicada de forma humorística así:

Y, ya frente a la enferma, aunque a distancia, el *saludador* fuese andando hacia ella con paso lento y ceremonioso; y, cuando estuvo cerca, reuniendo toda la fuerza de sus pulmones, le arrojó a la cara, como un huracán, una bocanada de aire, con tan fuertes efluvios de ajo y cebolla,

28. Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal*, Madrid, Real Compañía de Impresores y Libreros, 1777.

que, en efecto, la trastornó de momento... Pero repuesta en seguida..., acaso curada ya —como él afirmó—, le largó al *saludador* un bofetón, tan tremendo, que le bañó las narices en sangre...²⁹.

Solo el teniente Rosendo, emulando las trazas de *saludador*, sana a Rosario por medio de una pantomima en donde todos mienten por razones diferentes: el farsante saludador por ser su *modus vivendi*, la falsa enferma para enternecer a su padre y llamar su atención y el ingenioso enamorado con el propósito de casarse con su novia. Solo el inflexible y supersticioso señor Pedro no engaña y es engañado por todos, estando asimismo en un error; esta experiencia le humanizará y tambaleará su fe en estos denostados curanderos.

Zaragoza es una capital muy familiar para García-Arista porque desde su niñez vivió en ella; en *Esporgada* es el marco de «Ciutti es Don Juan» y «Una víctima de la libertad o ingenuidades políticas». En el primer cuento el Arrabal es un microcosmos, pletórico de dinamismo y vigor, en dos de sus fiestas de mayor raigambre popular: la *Cincomarzada* y el 9 de mayo, que honra a san Gregorio Magno; en el transcurso de este tiempo hemos presenciado la evolución amorosa de dos parejas: la de Custodio-Goyica y la de Pascual-Isabel, con un resultado distinto: conquista-desilusión y enamoramiento-esperanza. En el segundo citado, la recreación histórica de la llegada del general se realiza por medio de detalles arquitectónicos auténticos del entorno: el Palacio del marqués de Nibbiano —después Centro Mercantil— y el paseo de Santa Engracia, donde se concentra la multitud.

En *Esporgada* la zona próxima al Moncayo, fecunda en leyendas, recibirá un tratamiento desmitificador en García-Arista. Será escenario literario de «El tesoro». Su originaria Tarazona ha sido descrita en otros libros pero no en este. Su urbe natal y entorno fue paisaje y paisaje de relatos como «¡Tarazona no recula!...» de *Tierra aragonesa*, «¡A 0,50!» de *Excoscada* y «La bruja muerta» de *Abatollada*; el autor, en el primer ejemplo, nos da su personal visión del antiguo refrán turiasonense, y en «¡A 0,50!», de la «discusión disparatada» de amplia repercusión tanto en Oriente como Occidente; de esta última, su lejano antecedente es el episodio de Nur al Din y su hermano Sams al Din de *Las mil y una noches* —en el que ambos debaten sobre las condiciones de la dote nupcial de la acordada boda entre sus hijos que aún no han nacido—. Más próximo cronológicamente es nuestro

29. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 148.

famoso paso de Lope de Rueda *Las aceitunas*, donde Torubio y su esposa discrepan acaloradamente sobre el precio de las aceitunas del olivar que acaban de plantar. La altiplanicie del Rosel es el marco de «El vuelo de Cardona», allí es donde congrega el audaz pícaro a una muchedumbre del Somontano; este recontamiento —según definición de García-Arista— procede del conocido pasaje «El milagro de Alcolea» de la *Vida de Pedro Saputo* de Braulio Foz y está catalogado por Carlos González Sanz como 1920³⁰. En los alrededores de la legendaria Montaña tendrá lugar «Un caso de amor» de *Tierra aragonesa*, que nos cuenta cómo en una hospedería a modo de cantón, cercana al circo de San Miguel o *Cucharón*, se refugian cien veraneantes para protegerse del contagio de una mortal enfermedad. El inicial bucolismo de las faldas del imponente Macizo en «Prosa de lobos» de *Enverada* se rompe con la irrupción de la tormenta y la llegada de la manada de lobos. «Un padrino rumboso» de *Excoscada* se ubica en un mísero rincón de las altas vertientes montañosas que vive del carbón de manera muy precaria. «El tesoro» de *Esporgada* se ha comentado anteriormente, pero debemos añadir ahora que el narrador subordina el espacio repetidamente fabulado a la mediocre cotidianidad: la estulticia y codicia del protagonista, que es explotada por sus astutos adversarios. A la salida de Trasmoz, cerca de su mágico castillo acaece el cómico percance de «El terrible Pérez» de *Enverada*. En «¿A Zaragoza o al charco?» el baturro encuentra su Destino en el viaje de Tarazona a Zaragoza. Todos estos cuentos de temática muy diferente enfocan el aspecto emotivo del individuo y, salvo en el último caso, se apartan deliberadamente de prodigios propios de la literatura fantástica. En «Un caso de amor» se subraya el dramático desenlace del novio de la tierna heroína Colasa; el muchacho —aislado en una ermita por pasar la obligada cuarentena— muere víctima del egoísmo, la feroz tempestad y la epidemia de cólera que azotó a la capital aragonesa en 1885. «Prosa de lobos» reproduce la vida dura del adolescente pastor, luchando con valentía por salvar a sus ovejas de los depredadores, el frío y la riada. El motivo folclórico «El sastre y la zarza», también clasificado por el ya mencionado Carlos González Sanz como 1854³¹, tiene variantes diversas (como la de Zeta); en García-Arista se sitúa en un contexto real y la consabida cobardía que se atribuye a estos ambulantes profesionales se transmuta en «El terrible Pérez» en un fenómeno de autosugestión que engendra visiones

30. Carlos González Sanz, *Catálogo tipológico de cuentos folklóricos aragoneses*, Zaragoza, Instituto Aragonés de Antropología, 1996, p. 141.

31. *Op. cit.*, p. 139.

atrocés en el infeliz Canuto, inmovilizado por el pánico causado por los fantasmas del imaginario colectivo. La pobreza no solo material sino también moral se descubre en «Un padrino rumboso» a través del tío *Maicas*, quien —a pesar de su elegante capa de paño— paga el bautizo con un saquito de cañamones. «La bruja muerta» denuncia la crueldad del fanatismo, la superstición y el alcoholismo que despiertan los más bajos instintos contra la desdichada *Rampala*. En «¡Tarazona no recula!» el inflexible corregidor que cierra la procesión —a modo de ejército— le ordena el asalto de la tapia con el inevitable descalabro físico de todos y de cuya conclusión se desprende su moraleja. En «¡A 0,50!» dos jornaleros no se ponen de acuerdo en cómo gastar el dinero que aún no han recibido, y cuando llega el momento del pago no tienen respuesta unitaria y se quedan sin nada, como «La lechera»; como contrapunto, el narrador incidirá en las incomodidades del trayecto de Ágreda a Tarazona del humilde seminarista, quien las soporta con una entereza finalmente recompensada. Es la habilidad del sagaz Cardona para solucionar los más complejos problemas y manipular a todo el mundo lo que se enfatiza en «El vuelo de Cardona», cuyo amargo simbolismo explica en su epílogo el autor, para quien son muchos los políticos que actúan como su protagonista.

V. REFRANES Y APODOS

En la expresión literaria de García-Arista coexisten dos registros lingüísticos: culto y popular, cuya modalidad baturra ha sido estudiada por María Ángeles Maestro, centrándose en *Enverada*, el primer envío de *Fruta de Aragón*³². El lenguaje del pueblo español se ha enriquecido de su vasto refranero, testimonio vivo de la sabiduría ancestral. En la tradición oral sentencias y proverbios han persistido durante siglos, siendo un valioso documento etnológico y una confirmación de su vitalidad; asimismo, estos han generado temas de muchos relatos. Nuestro autor ha integrado en sus obras literarias frases como «si Dios quiere», «Tarazona no recula», «¡a Zaragoza o al charco!», «más listo que Cardona», «el caballito de San Francisco», «la purga de Benito»... cuyos orígenes ha comentado a veces. «Don Félix Utroque o la casa del sultán» desde un principio recuerda el «poderoso caballero» de la

32. María Ángeles Maestro Gracia, *Aspectos del habla popular aragonesa en Gregorio García-Arista*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1980.

letrilla de Quevedo, que es lo prioritario para su personaje central, cuyo único afán es la compra de una finca y cuyo final sentencia un poema del propio autor, «Insinuantes», que glosan los versos:

Que en cuanto acabes tu casa
a verte viene la muerte³³.

García-Arista, por medio de los apodos y nombres de algunas figuras principales de sus relatos, nos informa sobre su carácter y apariencia, o bien todo lo contrario con intención burlesca: Roquete de «¡Malfainero!» de *Excoscada*, Merlín de «El banco del Ayuntamiento» de *Abatollada*. En «Don Félix Utroque o la casa del sultán» de *Esporgada* un mozo vive obsesionado por el dinero y de esta fijación surge su mote —en alusión a una onza de oro, en cuyo reverso se lee *in utroque felix*—; cuando este desdichado joven ha logrado la «casa de sultán» muere: la fuerte presión lo ha destruido. En «El sistema del doctor Sesudo» la farmacopea del admirado médico «está encerrada dentro del frasco rotulado: *Aqua destilada...*, agua con o sin azúcar... para variar»³⁴. El cuento satírico titulado «Nerón o ¡Ver para creer!» nos remite a un presunto agonizante Eugenio López, llamado popularmente por el nombre del emperador romano por un ateísmo y anticlericalismo que es más bien una pose que un convencimiento, puesto que cuando vislumbra la muerte pide confesión. En «Recesvinto y Chindasvinto» quien puso semejantes motes «con ribetes de erudito» a un pobre ciego y a su fiel perro no tenía piedad y sí un humor sangrante, a pesar del lirismo que inunda el relato en todo momento. En «Una idea de Ideícas» el autor en seguida nos aclara que el término *Ideícas*, atribuido a Pedro Zueco Serrano, es inadecuado y obedece a la incomprensión de Rudiana, para quien él resulta extravagante. Tampoco es apropiado que a la dulce Goyica de «Ciutti es Don Juan» se la denomine por los despechados muchachos *moza verde*, vestigio de la fábula de Esopo «La zorra y las uvas», de la que escribió muchos siglos más tarde nuestro Félix María Samaniego. Tales procedimientos, sean mordaces o afectuosos, los habíamos leído antes en Cervantes y Galdós; asimismo, los héroes y heroínas de los cuentos más antiguos persisten en nosotros por sus carismáticos apodos: *Rodopis*, *Cenicienta*, *Aladino*...

33. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 91.

34. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 38.

VI. MAGISTERIO DE MIGUEL DE CERVANTES

La influencia cervantina en García-Arista se hace perceptible en todos sus libros narrativos. El escritor de estas historias aragonesas es un sólido intelectual forjado en nuestro fértil folclore y en nuestros clásicos literarios, de manera específica en el creador del *Quijote*, por quien sentía una rendida admiración; como verifican «guiños» constantes como el símil entre Dulcinea y Pancracia, novia de Toribio en «La manta», o en «¿A Zaragoza o al charco?», cuando dice que Turiaso es «patria del insigne Cidi Hamete Benengeli... de cuyos cartapacios sacamos esta narración»³⁵. Esta ingeniosa invención del «historiador arábigo», del manuscrito hallado en Alcaná de Toledo y su traducción por un morisco aljamiado será evocada en otras situaciones. En el primer cuento de esta colección, «Se dice», se remembra «la del alba sería», esas primeras palabras del capítulo IV de nuestra célebre novela, cuando el hidalgo sale de la venta muy contento tras verse ya armado caballero. Las alusiones quijotescas ya se repiten en *Tierra aragonesa* y en otros relatos de libros de *Fruta de Aragón*; por ejemplo, en «Esperando a los Reyes» de *Abatollada* los caballos «más tenían de Rocinantes que de Babiecas»³⁶; también de este envío, «¡Quién al cielo escupe!» cita de memoria una frase del prólogo de las *Novelas ejemplares*, «en la más alta ocasión que los siglos vieran»³⁷, casi idéntica a la de Cervantes cuando revive la batalla de Lepanto³⁸. Con estas palabras García-Arista caricaturiza el altercado entre Alperite y Rivatuerta por el control del agua de la misma acequia que comparten. La república de las letras de su tiempo vio en la genial criatura cervantina un referente hispánico; a ese tenor, en «El regalo de Almudévar» de *Excoscada*, se afirma:

¿Qué, la España sin Quijano? ¿Qué, Aragón, en fin, sin el gran Saputo?... ¡Oh, excelsas encarnaciones del alma de los pueblos!... ¡Dichosos héroes que lleváis destellos de sus sendos peculiares espíritus!...³⁹

No están lejos los actos conmemorativos del tercer centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*, en 1905; al homenaje que toda la nación le dispensó se sumó la ciudad de Zaragoza y su

35. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 203.

36. Gregorio García-Arista, *Abatollada*, p. 77.

37. Gregorio García-Arista, *Abatollada*, p. 121.

38. Miguel de Cervantes, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1967, p. 769.

39. Gregorio García-Arista, *Excoscada*, Madrid, Librería y Editorial Madrid, S.A., 1924, p. 20.

Ateneo, cuya contribución al evento ha comentado Francisca Soria⁴⁰. Por esta fecha, García-Arista era vicepresidente de esta institución y presidente de su sección de Literatura. El doctor Solsona —con la amabilidad que le caracteriza— me permitió consultar las actas de esta, y por ellas sabemos que en la sesión del 7 de enero de 1905 se constituyó una comisión para organizar las actividades destinadas a su celebración, que tendría gran repercusión social y cultural. En el transcurso de ese año se visitaron los escenarios aragoneses: Alcalá de Ebro y Pedrola, en cuyo palacio la representación ateneísta, de la Universidad, Diputación y Ayuntamiento zaragozanos fueron atendidos cordialmente por la entonces Duquesa de Villahermosa; esta señora asumía su parentesco con los poderosos aristócratas de la novela y, por tanto, aceptaba la tesis de Juan Antonio Pellicer, defendida en su edición anotada de 1797-1798. Se publicó un *Álbum cervantino* que recogió reseñas periodísticas de estas excursiones literarias y otros trabajos⁴¹. El primer pueblo —bañado por el río— estará unido para siempre al leal escudero; en «¡Pá ese viaje!» nuestro escritor interpela al lector así:

¿no recuerdas que allí fue la ínsula Barataria que el gran Sancho gobernara con tan insuperable acierto que Cide Hamete Benengeli se vio obligado a hacer de ello mención singular en la más verídica de las historias?⁴²

También hay resonancias de los entremeses cervantinos en García-Arista; la causticidad contra alcaldes y jueces rurales de *El retablo de las maravillas*, *El juez de los divorcios*, *La elección de los alcaldes...* subyace en cuentos como «Temple baturro» de *Enverada*, «El banco del ayuntamiento» de *Abatollada* y en «Se dice», «El cólera de Caltiscar» y «El Mariscal» de *Esporgada...* cuyos mandatarios ignorantes y zafíos sacrifican el bien común a su egoísmo. En «Temple baturro» un prepotente alcalde cae en su propia trampa al suponer que por su cargo es superior a los demás. El principal regidor Merlín de «El banco del ayuntamiento» no se asemeja en nada al mítico mago del Ciclo Artúrico. Esta anécdota jocosa desarrolla un episodio de tontos: «estirar un banco para que puedan sentarse todos», catalogado como 1244⁴³, del

40. Francisca Soria Andreu, *El Ateneo de Zaragoza (1864-1908)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1993.

41. *Álbum cervantino aragonés de trabajos literarios y artísticos, con los que se ha celebrado en Zaragoza y en Pedrola el III centenario de la edición príncipe del Quijote*. Publicado por la Duquesa de Villahermosa, Madrid, Viuda e hijos de M. Tello, impresor de cámara de S.M., 1905.

42. Gregorio García-Arista, *Enverada*, Madrid, Editorial Ibérica, 1919, p. 214.

43. Carlos González Sanz, *op. cit.*, p. 111.

que Eusebio Blasco escribió su variante «El banco de la plaza»⁴⁴; muy distinta a aquella es la de nuestro autor, quien resalta la fuerte vitalidad de la primera autoridad del Concejo y la humanidad de una aldea cuyo pasado fue próspero —como acredita el vestuario de gala heredado—, pero vive un presente con insuficientes recursos económicos.

El tío Melico y sus regidores argumentan de forma muy arbitraria en su juicio contra la incompetencia de su médico y, después, su veterinario en «El mariscal». El Juez de Paz de «Se dice» confunde la rápida eficacia con la precipitación y su deficiente «sistema»; interroga sobre un presunto homicidio a personas que transmiten los bulos que circulan, que él califica de *vox populi*, «único latinajo que quizá sabía por habérselo oído muchas veces a cierto aspirante a demagogo... y a cacique, que, en tiempos, hubo en el pueblo»⁴⁵. El principal dignatario de la villa en «El cólera en Caltiscar» inventa una mortífera epidemia para recibir del Estado una ayuda económica que utilizará para limpieza de la alberca, que necesita para el riego de sus campos. Descubierta la falsedad de sus demandas será severamente multado. Los malos alcaldes, ediles y responsables públicos han sido objeto del escarnio popular que ha conservado la tradición oral; Cervantes —profundo conocedor de nuestro rico folclore— individualiza unos tipos sociales en Benito Repollo, Juan Castrado, Panduro y Algarrobo con su maestría insuperable. En «Muestra de gratitud» de *Abatollada* el alcalde de Alzalocha le regala al gobernador civil, por su ayuda prestada, un pellejo de los de vino lleno de «aires puros, saturados de sanos aromas y vivificante oxígeno»⁴⁶ de su aldea. Este episodio es similar a otro del *Mathnawi* de Jalaluddin Rumi, en donde un beduino viaja en duras condiciones por el desierto para entregar al califa de Bagdad una jarra de agua de lluvia —su única propiedad— porque desconoce que el Tigris atraviesa la próspera ciudad⁴⁷. La estulticia de los dos protagonistas es semejante porque obedece a que ambos están encerrados en el estrecho círculo de la pobreza, no solo pecuniaria sino también moral; el político y el soberano son tolerantes, sea por diplomacia o condescendencia; el obsequio, aunque dado con buena intención, es inútil; el desenlace es distinto y la moraleja también porque el árabe al fin reconoce su error y esta experiencia le enriquecerá espiritualmente, pero el alcalde ni se

44. Eusebio Blasco, «El banco de la plaza», en Juan Domínguez Lasierra, *Cuentos, recontamientos y conceptillos aragoneses*, II, Zaragoza, Librería General, 1981.

45. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 25.

46. Gregorio García-Arista, *Abatollada*, p. 164.

47. Jalaluddin Rumi, *Mathnawi*, I, Madrid, Editorial Suff, 2003.

percata de la verdad. Entre el gran poeta persa del siglo XIII y García-Arista, tan alejados en el tiempo y en el espacio, existe en común una tradición sufí llevada por el Islam de Oriente a Occidente. En «¡Si las mujeres votasen!...» de *Abatollada* un joven candidato a diputado en las Cortes tiene por sobrenombre *Tinito*, mientras el jefe del partido liberal de Algarón, el de *Turruntera*, aunque se apellida Rebollo, recuerdo inevitable del Benito Repollo de *El retablo de las maravillas*; ambos tendrán que soportar con resignación la chirigota de los mozos predispuestos al jolgorio. La sátira contra el petimetre culminará en la última escena, cuando se le impide tomar la vara del palio de la procesión de Corpus porque su frac es inapropiado para una ceremonia que requiere las clásicas capas de paño. *Cuentos aragoneses* de D. V.⁴⁸ recopiló antes este mismo cuadro que ampliaría García-Arista. «La lifara o policia de abastos», también de *Abatollada*, discurre en Meza-locha, donde su alcalde y concejales maquinan darse una buena alifara a costa del cobro de multas. El sancionado por el improcedente decreto es un infeliz melero. Tres desalmados, tres atropellos injustos contra un impotente y desamparado forastero: tres multas para comprar los indispensables cabrito, vino y miel de su merienda. Agustín Peiró y Sevil⁴⁹ y, después, Mariano de Cavia⁵⁰ compusieron sus jocosas variantes en el marco de Villanueva del Gállego y Muel, respectivamente. González Sanz clasifica «Las dos multas» con 1534⁵¹. En García-Arista, el que esos pícaros hayan sometido al desvalido vendedor está velado por la tristeza que él despierta en nosotros. El chiste no tiene gracia. En «Cualición de izquierdas» somos espectadores de diálogos casi escenificables entre un alcalde y un gobernador de ascendencia cervantina: Benito Repollo y el gobernador-licenciado Gomecillos del magistral *Retablo* permanecen en la sombra. Entre ambos interlocutores hay una total incomunicación por el desconocimiento de los tecnicismos políticos por parte del primero, que no entiende de lo que realmente se está hablando. La confusión, el malentendido y la polisemia de ciertos términos potencian la comicidad de la situación, en la que nuevamente rebrota la crítica social de nuestro autor. En un breve y raudo desenlace se personan ante la autoridad competente de la provincia los cuatro concejales de la hipotética coalición que debería englobar todas las ten-

48. D. V., *Cuentos aragoneses*, en Juan Domínguez Lasierra, *op. cit.*, I, p. 120.

49. Agustín Peiró y Sevil, «La miel», en Juan Domínguez Lasierra, *op. cit.*, I, pp. 169-172.

50. Mariano de Cavia y Lac, «Las dos multas», en Juan Domínguez Lasierra, *op. cit.*, II, pp. 35-39.

51. Carlos González Sanz, *op. cit.*, p. 123.

dencias de Araguales y, efectivamente, son de «todos colores», porque se apellidan Moreno, Rubio, Castaño y Cano. Cuando se les pregunta de qué partido son, responden: «¡Del partido de Ateca!»⁵².

VII. PERSONALIDAD ARAGONESA

García-Arista nos expone con claridad su opinión sobre la personalidad aragonesa en sus cuentos y en dos textos definitivos: el «Post scriptum» de *Cantas baturras* y «¡Pues, señor!», a la manera de broche de *Excoscada*. En el primero señala que es «uno de los rasgos característicos del pueblo aragonés: la *vis* satírica, la gracia *joco-seria*, el *humorismo* [...] unido a cierta *originalidad*»⁵³ y, más adelante, apunta que este «tiene mejor fondo que formas, mejores hechos que palabras; en éstas es algo *áspero*»⁵⁴. Tal apreciación tendría mucho que ver con su canta CLXXXVI:

Masiáu sabes tú que soy
lo *mesmo* que las almendras:
tengo bueno el corazón
aunque soy duro por fuera⁵⁵.

En el segundo texto citado comenta cómo el ingenio y la agudeza se manifiestan en una gracia que «acierta a despertar la risa o la sonrisa —el *risico*—» y en cómo esta «estriba en un *juego de ideas*»⁵⁶.

El *baturreo* es —según nuestro autor— un vocablo introducido a mediados del siglo XIX y procedente del Norte. En «El tesoro» afirma:

al hijo del terruño aragonés (que en Aragón hasta poco ha llamábase campero —campesino—; pues eso de «baturreo», como lo de «Pilarica» —por extraño que uno y otro parezca—, son «trovos nuevos» y género de «importación») ⁵⁷.

Valencianos, catalanes, gallegos, andaluces... han protagonizado numerosas anécdotas satíricas de la literatura de tradición oral. No son héroes épicos sino seres humanos con defectos y, por tanto, vulnerables. También en otros pueblos europeos sus figuras más entrañables

52. Gregorio García-Arista, *Abatollada*, p. 191.

53. Gregorio García-Arista, «Post scriptum», en *Cantas baturras*, Zaragoza, Biblioteca Aragonesa, 1901, p. 127.

54. Gregorio García-Arista, «Post scriptum», p. 128.

55. Gregorio García-Arista, *Cantas Baturras*, p. 75.

56. Gregorio García-Arista, «¡Pues, señor...!», en *Excoscada*, p. 218

57. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 63.

tienen imperfecciones. Del folclore hispano, y aragonés en concreto, no olvidemos a Juan Soldado, Pedro Saputo y Perico Cardona, rápidos de reflejos, joviales y capaces de salir de los peores atolladeros. Muchos chascarrillos populares atribuyen a los aragoneses la tozudez, que es motivo de algunos cuentos de García-Arista de raigambre étnica: «La procesión de Marlofa» y «¡Tarazona no recula!» de *Tierra aragonesa*, y «¿A Zaragoza o al charco?» de *Esporgada*. Este antivalor lleva consecuentemente cierta rigidez mental y empecinamiento, que conducen a cuantos lo tienen al desastre, sean un colectivo, como en los dos primeros casos, o un individuo metamorfoseado en rana en el tercero. El final de este tipo de apólogos es claramente aleccionador. Roquete de «¡Malfainero!» de *Excoscada* no solo era perezoso sino porfiado en llevar la contraria a su prudente y reflexiva esposa; sus castillos de arena le hundirán en la miseria. Estas debilidades tienen su contrapartida en virtudes tan aragonesas como la tenacidad, la lealtad y la constancia en el cumplimiento del deber, como así se ratifica en «Temple baturro» y «Palabra de baturro» entre otros...

García-Arista, en «La altivez baturra» de *Abatollada*, se mofa de la caricatura baturra que tiene en mente el forastero Portento, quien —influido por «calumniosa literatura»— repite sin cesar: «¡tan brutos, pero tan simpáticos!», que la experiencia se cuidará de desmentir y mostrará la falsedad de prejuicios o simplificaciones. Este relato destruye estereotipos superficiales y profundiza en el temperamento y comportamiento de su colectividad; la altivez, que titula su relato, está encarnada en Mamés de semejante manera:

Y como personificación de Aragón, el baturro de Egea, tenía todas las cualidades propias de la raza, entre las que sobresalía la altivez... ¡Quién lo dijera!; La altivez, que no es el orgullo —«exceso de estimación personal propia» (que en esto ¡ay! el baturro suele ir por la senda opuesta... con daño suyo siempre y con el de su tierra, a veces)— sino, defensa preventiva de su dignidad, que pone siempre por encima de toda personal conveniencia... La altivez —¡otra paradoja!— madre de la democracia aragonesa. Que, si históricamente es falso que ella dijera a sus reyes: «Nos, que valemos tanto como vos»... psicológicamente —como expresión de tal sentir aragonés— es la suprema verdad... ¡Qué gran psicólogo fue el autor de tal fórmula!⁵⁸.

Con palabras similares se expresa el sacerdote de «¡Lealtad!» cuando, al referirse a sus paisanos, dice: «eso es altivez que caracteriza a

58. Gregorio García-Arista, *Abatollada*, p. 97.

la raza»⁵⁹. El vendimiador de «Palabra de baturro» parece responder a esta actitud, pues en él sobresalen dos atributos: la naturalidad, en su diálogo con el joven rey como si fuese su igual, y la alta autoestima por el compromiso verbal de acabar la labor encomendada en el tiempo acordado, porque «lo prometido es deuda»⁶⁰.

Felipe Adulac de «Baturro con birrete o doctores de calzón corto» no era un hombre «fingido», según el habla aragonesa. Nacido en Sos, fue a Zaragoza a cursar estudios universitarios, pero no logró controlar su incontinente sinceridad como le habían aconsejado su madre y el escolapio don Jorge. El tribunal que lo examinó lo suspendió por su brusca, aunque comprensible, respuesta sin tener en cuenta sus conocimientos; de aquel año académico perdido se consoló pronto gracias a su talante afín al refrán «Más vale un gusto que cien panderos». De él se cita: «era... un baturro con su franqueza propia... y su altivez ingénita, que no tolera desdenes, cuanto más ofensas de nadie...»⁶¹.

«El peatón-correo» actualiza el motivo «La camisa que trae suerte», catalogado por González Sanz con 844⁶²; en esta versión literaria un «beatus ille» del Sobrarbe es el último eslabón de una existencia humana, cuya austeridad ya no tiene cabida en la sociedad moderna. Tras la marcha de este ya extraño individuo, cuyo nombre simbólico es Feliciano, un clarividente narrador-personaje dará colofón al relato diciendo: «¡Ya hace tiempo que, buscando la camisa del hombre feliz, alguien averiguó que el hombre feliz no tenía camisa!»⁶³.

«Temple baturro» de *Enverada* contrasta la honradez del guarda rural con el corrompido alcalde, quien promulga leyes para que cumplan otros y él sea la excepción y beneficiario; puesto que la prohibición de regar de los demás favorecerá que el agua de la acequia vaya a sus campos. Sin embargo, el joven Anacleto se mantendrá firme en sus convicciones y velará para que la justicia sea para todos.

59. Gregorio García-Arista, *Esporgada*, p. 132.

60. Gregorio García-Arista, *Enverada*, p. 222.

61. Gregorio García-Arista, *Abatollada*, p. 145.

62. Carlos González Sanz, *op. cit.*, p. 100.

63. Gregorio García-Arista, *Abatollada*, p. 117.

VIII. «¿A ZARAGOZA O AL CHARCO?» EN *ESPORGADA*

Como hemos observado a lo largo de estas páginas, *Esporgada* está escrito en estilo realista sobre un telón de fondo histórico, en el que gravitan significativos acontecimientos políticos y sociales del XIX y principios del XX.

Dentro del costumbrismo predominante en el ambiente literario aragonés en que se dio a conocer este libro, es notorio su valor etnológico y cómo las numerosas cantas de sus relatos subrayan los motivos principales. La acción se desarrolla dentro de los cauces de la verosimilitud en una geografía real o abstracta y con expresión sobria.

Nuestro autor es un hombre que ama profundamente su patria aragonesa, pero sin caer en un infantil patriotismo; por tal razón no evita la autocrítica. Este arraigado sentimiento proviene de una meditación profunda de la idiosincrasia de su país.

La ironía y el humor están siempre presentes en un relato ameno y sencillo pero nunca superficial, que nos transmite una mirada atenta y comprensiva sobre la condición humana.

En este escritor tenemos a una persona de sólida formación cultural, cuyo saber abarca campos diversos: historia, etnología, literatura y, de esta, la de nuestros clásicos y la de tradición oral.

Esta colección de cuentos fue compuesta y publicada en su momento de plenitud artística e intelectual, cuando disfrutaba de prestigio y popularidad entre el público aragonés y, especialmente, zaragozano.

En *Esporgada* permanecen rasgos comunes a otras obras narrativas de García-Arista, pero —comparada con las anteriores— tiene menos recontamientos y en ella se acentúa el realismo. Hay una notable excepción a cuanto acabamos de decir en «¿A Zaragoza o al charco?», una delicada joya literaria. Esta breve composición transcurre «in illo tempore» en un marco físico muy conocido. En ella se introduce lo sobrenatural por medio de Jesús y san Pedro, personajes habituales de leyendas folclóricas de toda España y Europa, como ya estudiamos anteriormente⁶⁴. Esta variante, por su propia naturaleza y temática, estaría más acorde en otros libros de *Fruta de Aragón* como, por ejemplo, *Excoscada*, en donde se hallan otras versiones tradicionales

64. María Teresa Espeita Ramisa, «Jesús y San Pedro en tierras españolas», en *Actas del VII Simposio de Profesores de Español*, Lugo, Diputación Provincial de Lugo, 1999, pp. 283-296.

de heterogénea procedencia: «Santiaguico medio tonto», «El vuelo de Cardona», «¡A 0,50!», «¡Malfainero!», «Mal-Alma»... Esta conseja —atípica en la obra que comentamos— sucede en una lejana cronología imposible de fechar, en una atmósfera atemporal y maravillosa. La insistencia en este cuarto envío por la desmitificación se excluye aquí totalmente. Dentro de la estructura de viaje consustancial a los relatos de tipo iniciático, un baturro de Tarazona se dirige a Zaragoza y encuentra en su camino a Jesús y san Pedro, quien tras el saludo le pregunta a dónde va y él le contesta que a las fiestas del Pilar de la capital. El Apóstol le reprende porque no ha añadido a su respuesta «si Dios quiere» y, como el protagonista del «sucedido famoso» no se retracta, es convertido en rana y abandonado en una charca cercana. Cuando tiempo después decide el Señor enviar a su Portero celestial a perdonarlo, suponiendo su arrepentimiento, él persiste en su terquedad diciendo «¿A Zaragoza o al charco?». Sin embargo, el Santo, compadecido, le dejó ir a esta próxima ciudad, aunque conservando la forma «batraquil», al decir del narrador. No ha superado la prueba encubierta que le puso la Divinidad, quien —desde mitos ancestrales y con los múltiples rostros que le dan las distintas civilizaciones— premia generosamente o castiga implacable según sea positiva o negativa la reacción del iniciado. En García-Arista humor y magia se conjugan en esta personal recreación, en donde se desdramatiza la crueldad del acto represor con ternura y comicidad. La metamorfosis en animal, y específicamente en este batracio, es una pena impuesta al transgresor en la narrativa tradicional europea; tras la redención de su culpa, el individuo recupera su figura prístina. El antes campesino, ahora animalizado, vivirá conflictivamente con sus vecinas del medio acuático como un ser antropomórfico como en las fábulas. Estas polisémicas criaturas han intervenido en numerosos cuentos, donde debieron seguir un proceso de superación espiritual y moral, en el que necesitaron de un donante inocente y puro para ver cumplidas sus aspiraciones; o bien, otras veces ellas mismas actuaron como tal, proporcionando al héroe o heroína la ayuda imprescindible para alcanzar su merecido triunfo. Su simbolismo ha sido interpretado por Bruno Bettelheim⁶⁵, Marie-Louise von Franz⁶⁶, Gabriela Wasserziehr⁶⁷... La sabia ranita

65. Bruno Bettelheim, *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Barcelona, Crítica, 1994.

66. Marie-Louise von Franz, *Érase una vez... Una interpretación psicológica*, Barcelona, Luciérnaga, 1993.

67. Gabriela Wasserziehr, *Los cuentos de hadas para adultos*, Madrid, Endymion, 1996.

de «Las tres plumas» de los hermanos Grimm⁶⁸ propicia el éxito de un bondadoso Bobalicón como también en su símil asturiano «La rana y la culebrilla»⁶⁹...

El remoto avatar retoña en dos escritores de fuste folclórico: Fernán Caballero y Romualdo Nogués. Cecilia Böel de Faber nos relata en «Si Dios quiere» cómo un gallego vuelve a sus lares tras un trabajo realizado en Sevilla y en su trayecto halla a un caminante que le interroga sobre su destino; este afirma «a la miña terra» sin incorporar la máxima providencial; entonces él le amonesta, pero sin conseguir que se corrija en su actitud, sino todo lo contrario. Es transformado en rana como en el relato de *Esporgada*, pero su desenlace es diferente porque, cuando vuelve tres años después el misterioso viajero y plantea la misma cuestión a otro gallego, el labrador del arroyo se precipita en proferir la sentencia religiosa que reconoce la autoría divina de cuanto sucede. Regresará a sus campos con su familia y será recompensado después por su respetuosa conducta religiosa⁷⁰.

El *Soldado Viejo de Borja* explica el origen de algunos modismos y, para ello, refiere un cuentecillo en donde un aragonés, en su periplo a Zaragoza, coincide con Jesucristo y san Pedro. Se cumple el mismo esquema: encuentro y saludo, pregunta y respuesta, corrección por la omisión de la rúbrica devota y porfía en el error, mutación en rana y, después de un tiempo indefinido, recobro de la primitiva forma humana, nueva interrogación sobre a dónde va y terquedad en el baturro que se ratifica en «A Zaragoza o al charco»⁷¹.

El ejemplo de Fernán Caballero es análogo en el asunto a otros musulmanes, en donde no pronunciar las palabras de contenido providencialista provoca desgracias que tienen un efecto catártico en el individuo que las padece, quien acepta entonces la omnipotencia divina. Otras veces será únicamente una advertencia. El simpático Yehá protagoniza numerosos cuentecillos entre los que conocemos dos, que aúnan estas secuencias. En «Yehá quiere comprar un burro» este va al mercado y cuando, tras la escena consabida, también se le corrige

68. Jacob Ludwig y Wilhem Carl Grimm, *Cuentos de niños y de hogar*, II, Madrid, Anaya, 1995.

69. Julio Camarena y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico del cuento folclórico español. Cuentos maravillosos*, Madrid, Gredos, 1995.

70. Fernán Caballero, *Cuentos de encantamiento y otros cuentos populares*, Palma de Mallorca, Olañeta, 1998.

71. Un soldado viejo natural de Borja, *Cuentos, dichos, anécdotas y modismos aragoneses*, Madrid, Imprenta de D. A. Pérez Dubrull, 1881.

por no citar la fórmula sacramental, él contesta con desparpajo que no tiene por qué decirlo; pero poco después en el zoco le roban la bolsa y vuelve a su casa compungido, repitiendo entonces sin cesar lo que antes había descuidado⁷². La variante «He venido, Dios mediante» nos presenta al mismo personaje que pretende buscar leña en el bosque y así se lo comunica a su esposa, quien le reprende por la misma razón y él, sin hacerle caso, se marcha; pero después es maltratado por un soberbio jinete que le obliga a acompañarlo en su ruta que le desvía de su cometido⁷³. En ambos relatos coexisten doctrina y entretenimiento dentro de la pedagogía sufí, cuyas narraciones son didácticas y recreativas a la vez. El último es sinónimo de una de las aventuras de Nasreddin Hoca⁷⁴.

El cuento de García-Arista tiene mayor extensión que los precedentes antes mencionados. Como en Nogués, se construye sobre dos frases de amplia divulgación: «si Dios quiere» y «a Zaragoza o al charco». La primera es traducción de la árabe «in cha Allá», que se familiarizó en la España islamizada y perduró cristianizada. Tal hecho fue señalado por Américo Castro⁷⁵. Esta expresión religiosa se conserva todavía hoy en suelo hispano, y muy especialmente en la América de habla castellana, cuando se indica la determinación de llevar a término alguna acción.

En la azora XVIII de *El Corán*, titulada «La Caverna», se alude a la famosa leyenda cristiano-oriental de los «Siete Durmientes»; Juan Vernet recuerda que, según la tradición musulmana, unos creyentes preguntaron a Mahoma por el número exacto de estos santos, y el Profeta contestó que lo haría al día siguiente; pero después Gabriel le instruyó que debía incorporar «si Dios quiere», fórmula preceptiva para los fieles⁷⁶. Los derviches se han inspirado en pasajes de este capítulo para sus cuentos, que —como para los monjes budistas en sus apólogos y Jesús en sus parábolas— fueron un procedimiento pedagógico. El poeta sufí Jalaluddin Rumi, en su *Mathnawi*, considerada *El Corán* persa, reflexiona en dos narraciones sobre las repercusiones trágicas de omitir la frase recomendada por el Ángel. En la primera, el

72. *Cuentos de Yehá*. Recogidos, ordenados y publicados por Tomás García Figueras, Sevilla, Padilla, 1989, p. 235.

73. *Ibid.*, p. 236.

74. Alpay Kabacali, *Nasreddin Hoca*, Estambul, Sultanahmet, Net Turistik Yayinlar, 1992.

75. Américo Castro, *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Barcelona, Crítica, 2001.

76. «Si Dios quiere» en *El Corán*. Introducción, traducción y notas de Juan Vernet, Barcelona, Planeta, 2005, pp. 250-252.

Maulana (Nuestro Maestro entre los fieles) dará voz a un triste junco desgajado del cañaveral para contar «La historia del rey enamorado de su esclava», en donde los médicos que atendían a una joven enferma fracasaban en todos sus intentos por recuperar su salud perdida porque, en su arrogancia, olvidaron la cláusula casi ritual. Solo más tarde, un «huésped de lo Invisible» descifra la causa de la extraña dolencia y pone remedio⁷⁷. En la segunda, «La historia del derviche», un asceta de la montaña — apodado *Shaykh Aqta* —, hallándose aislado del mundo, promete no tomar la fruta de los árboles del entorno salvo las que el viento arroje, pero sin unir a su juramento las trascendentales palabras. El hambre vence sus propósitos, incumple su voto y a partir de entonces sufrirá una serie de reveses en su vida, que, sin embargo, contribuirán a fortalecer su espíritu e iluminar su entendimiento. La dura experiencia le ha enseñado a ser prudente y a controlar la audacia⁷⁸.

Luis Royo Villanueva, en dos artículos, «Las fiestas de mi tierra» y «Las fiestas del Pilar» —publicados en *Blanco y negro* en 1893 y 1899, y reunidos más tarde en *Manchas de tinta*— distingue cómo en los festejos zaragozanos de tanto atractivo para los habitantes de los pueblos colindantes

Baturros, lo que se dice baturros, no hay en Zaragoza. La gente del Rabal y de la huerta viste pantalón largo y blusa o chaqueta cortas, gorra en la cabeza y un garrote en la mano. Los foranos, los *ranas*, vamos, los de calzón corto, apenas se ven más que para el Pilar; mas estos días llenan las calles los calzones anchos de Cinco Villas, los estrechos de la Ribera del Jalón y de la provincia de Teruel, los calzones de pana rayada de los montañeses de Huesca...⁷⁹.

Este periodista ya antes había puntualizado en su descripción ambiental que ya no llevaban la genuina indumentaria aragonesa los zaragozanos, sino solo los forasteros, que acudían a la capital a disfrutar especialmente de la celebración del Pilar. Para ver el verdadero atuendo regional había que esperar la llegada de los camperos del entorno, porque en esta urbe las modas externas habían determinado los cambios del vestido y sus complementos. Asimismo definía, en su primera colaboración, con el término *rana* al baturro ataviado de forma autóctona.

77. Jalaluddin Rumi, *op. cit.*, I.

78. Jalaluddin Rumi, *op. cit.*, III.

79. Luis Royo Villanueva, *Manchas de tinta*, Madrid, Bergua, 1935, pp. 278 y 279.

García-Arista, en «¡Santa indignación!» de *Excoscada* nos cuenta la estancia de un matrimonio de Pedrola en Zaragoza durante la Semana Santa y cómo este denomina a los baturros *ranas*. Como en el escritor antes citado, estos aldeanos son muy ingenuos y se sorprenden en demasía de todo. En «¿A Zaragoza o al charco?» desde un principio se nos introduce de forma burlesca en el motivo conductor baturromatraco y su casi homónimo batracio-*batraco*, que sería su ascendiente según el razonamiento de una «rana erudita». Asimismo la conclusión confirma lo que en un principio había expuesto:

Por lo que, desde entonces, los baturros, con sus palmípedas plantas de abarca o alpargatas, su pantorrilla al aire, y sus muslos en calzones, sustentadores de su ancho busto, se llaman *ranas*.

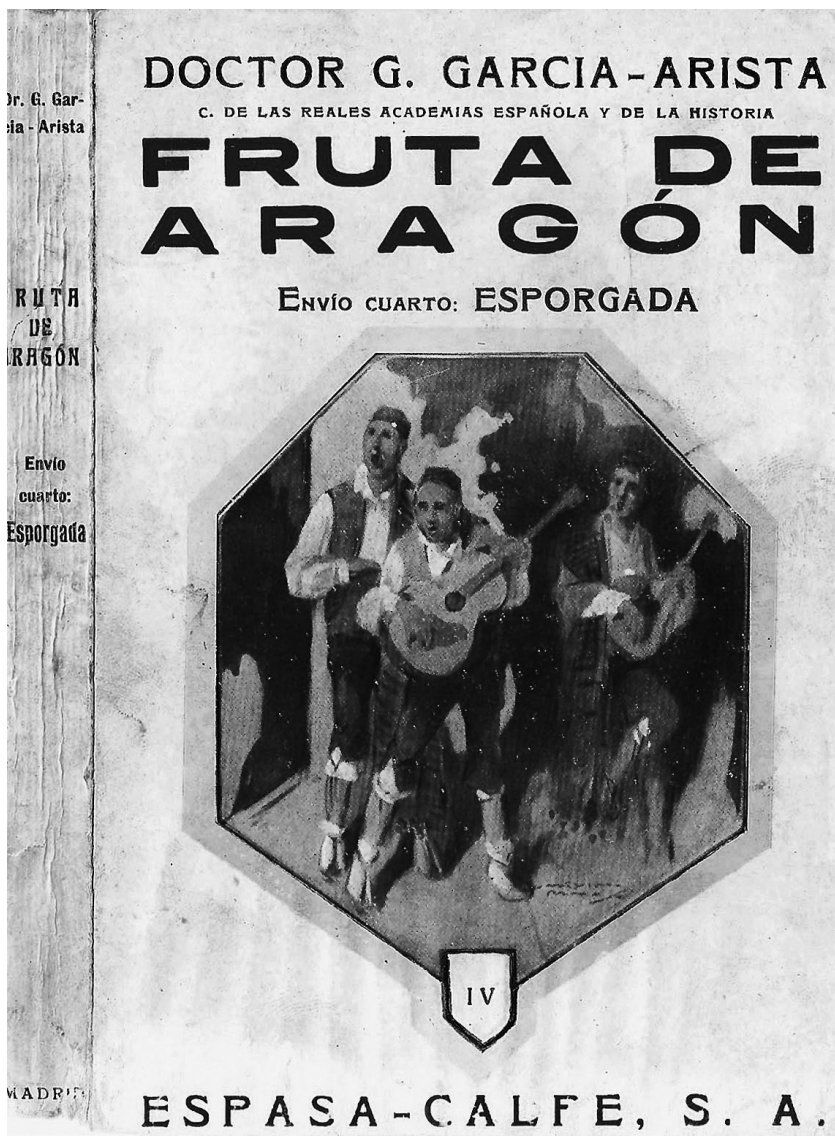
¡Y vaya usted luego a creer a historiógrafos y artistas que, con los ojos de tales, se empeñan en ver en el baturro, con su indumento, el representante genuino de la grey mahometana!

Lo es de la grey *batraquil* o *matraquil*⁸⁰.

En este cuento de Gregorio García-Arista se han sintetizado cinco distintos tópicos de diferente procedencia tradicional: el doble viaje de inmemorial arcano, sea el iniciático o el avatar divino; la mágica metamorfosis humano-batracio, el musulmán «si Dios quiere», la terquedad atribuida a los aragoneses de «a Zaragoza o al charco» y, finalmente, la paridad entre las ranas y los baturros cuando visten su originario atuendo. Con gran economía dramática nos ha contado tanto con tan pocas palabras y de forma tan divertida.

80. Gregorio García-Arista, *Espogada*, p. 208.

MARÍA TERESA ESPEITA RAMISA



Portada de la edición de Esporgada (1928).

ESPOGADA EN FRUTA DE ARAGÓN DE GARCÍA-ARISTA



*Gregorio García-Arista y Rivera
en 1928.*



Gregorio García-Arista y Rivera en 1942.



*Gregorio García-Arista y Rivera ataviado
a la usanza baturra.*

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álbum cervantino aragonés de trabajos literarios y artísticos, con los que se ha celebrado en Zaragoza y en Pedrola el III Centenario de la edición príncipe del Quijote.* Prólogo de José Ramón Mélida, publicado por la Duquesa de Villahermosa, Madrid, Viuda e hijos de M. Tello, impresor de cámara de S. M., 1905.
- Amades, Joan, *Llegendes i tradicions de Montserrat*, Barcelona, Editorial Selecta, 1959.
- Bettelheim, Bruno, *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Barcelona, Crítica, 1994.
- Biblia del Peregrino.* Edición de Luis Alonso Schökel, 3 tomos, Bilbao-Estella, Ega-Mensajero, Verbo Divino, 1996.
- Caballero, Fernán, *Cuentos de encantamiento y otros cuentos populares.* Edición, introducción y notas de Carmen Bravo-Villasante, Palma de Mallorca, José F. de Olañeta, 1998.
- Camarena Laucirica, Julio y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico del cuento folklórico español. Cuentos maravillosos*, Madrid, Editorial Gredos, 1995.
- Castro, Américo, *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Barcelona, Crítica, 2001.
- Cervantes Saavedra, Miguel de, *Entremeses.* Edición, introducción y notas de Eugenio Asensio, Madrid, Castalia, 1981.
- Cervantes Saavedra, Miguel de, *Obras completas.* Estudio preliminar, prólogos y notas de Ángel Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 1967.
- Cuentos de Yehá.* Recogidos, ordenados y publicados por Tomás García Figueras, con introducción de José Luis Vivas Bailo, Sevilla, Editorial Padilla, 1989.
- Domínguez Lasierra, Juan, *Cuentos, recontamientos y concepillitos aragoneses*, 2 vols., Zaragoza, Librería General, 1981.
- El Corán.* Introducción, traducción y notas de Juan Vernet, Barcelona, Planeta, 2005.
- Espeita Ramisa, María Teresa, «La indumentaria aragonesa en los cuentos de García-Arista», en *Cuadernos de Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», núm. 24 (1997), 207-216.
- Espeita Ramisa, María Teresa, «Jesús y san Pedro en tierras españolas», en *Actas del VII Simposio de Profesores de Español (Santiago de Compostela 11-14 Septiembre de 1997)*, Lugo, Diputación Provincial de Lugo, 1999, 283-296.
- Feijoo, Benito Jerónimo, *Teatro crítico universal*, Madrid, Real Compañía de Impresores y Libreros, 1771.
- Foz, Braulio, *Vida de Pedro Saputo.* Edición de Francisco y Domingo Ynduráin, Madrid, Ediciones Cátedra, 1986.
- Franz, Marie-Louise von, *Érase una vez... Una interpretación psicológica*, Barcelona, Luciérnaga, 1993.

- Galán Bergua, Demetrio, *El libro de la jota aragonesa*. Prólogo de Antonio Beltrán Martínez, Zaragoza, Demetrio Galán Bergua, 1996.
- García-Arista y Rivera, Gregorio, *Cantas baturras*. Prólogo de E. Ibarra y Rodríguez, Zaragoza, Biblioteca Aragonesa, 1901.
- García-Arista y Rivera, Gregorio, *Tierra aragonesa*. Prólogo de Mariano Miguel del Val, Zaragoza, Biblioteca Aragonesa, 1907.
- García-Arista y Rivera, Gregorio, *Documentos del Ejército francés, sitiador de Zaragoza (1808-1809)*, Zaragoza, Mariano Escar, 1910.
- García-Arista y Rivera, Gregorio, *Discurso del Mantenedor (La jota aragonesa) de los Juegos Florales de Zaragoza (18 de noviembre de 1919)*, Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial, 1919.
- García-Arista y Rivera, Gregorio, *Enverada*. Envío primero de *Fruta de Aragón*, Madrid, Editorial Ibérica, 1919.
- García-Arista y Rivera, Gregorio, *Excoscada*. Envío segundo de *Fruta de Aragón*, Madrid, Librería y Editorial Madrid, S. A., 1924.
- García-Arista y Rivera, Gregorio, *Abatollada*. Envío tercero de *Fruta de Aragón*, Madrid, Compañía Anónima Calpe, 1927.
- García-Arista y Rivera, Gregorio, *Esporgada*. Envío cuarto de *Fruta de Aragón*, Madrid, Espasa-Calpe, 1928.
- García-Arista y Rivera, Gregorio, *La copla aragonesa o «cantica»*, Madrid, Tipografía de Archivos, 1933.
- García-Arista y Rivera, Gregorio, «Los Fayos. Una cueva mitológica, una ruta celtíbera y un monasterio del siglo X», en *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 8 de octubre de 1939, p. 5.
- García-Arista y Rivera, Gregorio, «Once mil coplas para mil pesetas» (Cómo nació la canción de «La Dolores»), en *El Español*, 12-13 de octubre de 1945.
- González Hernández, Vicente, «García-Arista, cuentista aragonés», en *Zaragoza*, núm. 16 (1962), 121-130.
- González Sanz, Carlos, *Catálogo tipológico de cuentos folklóricos aragoneses*, Zaragoza, Instituto Aragonés de Antropología, 1996.
- Grimm, Jacob Ludwig y Wilhem Carl Grimm, *Cuentos de niños y del hogar*, 3 vols. Introducción de Herman Grimm y apéndice de María Antonia Seijo Castroviejo, Madrid, Anaya, 1991.
- Kabacali, Alpay, *Nasreddin Hoca*, Estambul-Sultanahmet, Net Turistik Yayinlar, 1992.
- Las mil y una noches*. Traducción, prólogo y notas de Juan Vernet, 3 vols., Barcelona. Círculo de Lectores, 1998.
- Lope de Rueda, *Pasos*. Edición, introducción y notas de José Luis Canet Vallés, Madrid, Editorial Castalia, 1992.
- Lope de Vega, *El Caballero de Olmedo*. Edición de Francisco Rico, Madrid, Cátedra, 2003.

- Maestro Gracia, María Ángeles, *Aspectos del habla popular aragonesa en Gregorio García-Arista*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1980.
- Marañón, Gregorio, *Don Juan*, Madrid, Espasa-Calpe, 1976.
- Montalbán, Francisco V., «Don Gregorio García-Arista y Rivera, una vida quemada al servicio de Aragón», en *Amanecer*, Zaragoza, 18 de junio de 1944, p. 5.
- [Nogués, Romualdo], *Cuentos, dichos, anécdotas y modismos aragoneses que da a la estampa un soldado viejo natural de Borja*, Madrid, Imprenta de D. A. Pérez Dubrull, 1881.
- Planes Ball, Josep Albert, *Llegendes de Montserrat*. Prólogo de Ignaci Roviró Alemany, Sant Vicenç de Castellet, Farell, 2002.
- Royo Villanueva, Luis, *Manchas de tinta*, Madrid, Bergua, 1935.
- Rumi, Jalaluddin, *Mathnawi*, 3 vols., Madrid, Editorial Sufí, 2003.
- Soria Andreu, Francisca, *El Ateneo de Zaragoza (1864-1908)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1993.
- Wasserziehr, Gabriela, *Los cuentos de hadas para adultos: una lectura simbólica de los cuentos populares recopilados por J. y W. Grimm*, Madrid, Endymion, 1996.
- Zeda, «Camaleón», en *La Ilustración española y americana*, XLV (8 de diciembre de 1899), p. 330.
- Zorrilla, José, *Don Juan Tenorio*. Epílogo de Francisco Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1998.